

Junio 18

Alison Oropeza



Capítulo 1

A D V E R T E N C I A

Lo que estás a punto de leer es una historia de ficción. No representa ninguna situación, ni a ninguna persona en particular. Todos los nombres son ficticios y no guardan ninguna relación con personas de la vida real. Esta historia no busca hablar ni bien, ni mal, de ningún grupo o ideología en particular. Las ideas plasmadas en Junio 18 deben verse únicamente como parte de la ficción, y no como un reflejo de lo que piensa la autora y sus colaboradores.

Esta historia no debe tomarse como un ejemplo para enfrentarse a una verdadera problemática social. La violencia de género y/o intrafamiliar debe ser denunciada antes de que llegue a un punto irreversible. Los trastornos alimenticios y psicológicos sólo pueden dejar de atormentarte cuando haces algo al respecto.

Habla. Denuncia. Pide ayuda. Sólo de esa manera puedes salvar tu vida.

Capítulo 2

PRÓLOGO

Jazmín, 35 años.

Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Septiembre, 2028.

—¿Me puedo tomar una foto contigo?

Esperaba a que sus maletas llegaran en la banda. Era la parte que menos le gustaba de viajar, luego de sus malas experiencias con las aerolíneas y un par de equipajes perdidos.

Quiso anunciar a sus seguidores que ya se encontraba de nuevo en su ciudad natal, tomándose una selfie frente a la barra. Eso llamó la atención de la chica, de catorce o quince años, que la miraba con ilusión y que ya tenía el teléfono preparado.

—Sí. ¿La tomamos con el mío también?

No podía negar que anhelaba añadir una foto más a su colección privada. Dejó su autógrafo en el brazo de la chica. Le obsequió dos fotos y la despidió con besos en las mejillas.

Por un segundo, pensó que Ortega no estaba del todo equivocado cuando mencionó la idea de tener un agente y un guardaespaldas.

Y, así como pensó en ello, lo descartó. No estaba dispuesta a renunciar a su privacidad y al control de sus decisiones, sin importar que fuera imposible salir a las calles sin que hubiera alguien que la reconociera.

Las maletas llegaron. En menos de cinco minutos, ya se encontraba caminando hacia la salida del aeropuerto. No le sorprendió que no tuvo el recibimiento que hubiera deseado.

Antes de tomar el vuelo de conexión, pudo hablar con tres personas. Romina, su mejor amiga, tenía cita con el estilista. Francisco, su esposo, tenía compromisos en la oficina. El único que estaba dispuesta a verla, era

Ortega.

Cuando Jazmín salió del aeropuerto, el chofer de Ortega ya estaba ahí. El hombre le dio una bienvenida de cortesía. Mientras el auto se ponía en marcha, ella escribió un mensaje para su esposo. Francisco estaba en línea. Leyó el mensaje, y se desconectó sin dar respuesta. Jazmín suspiró. Mentalmente, como ya era costumbre, se dio una merecida bienvenida a la Ciudad de México.

El chofer sabía que la primera parada, antes de ir al fraccionamiento privado al que ella deseaba llegar cuanto antes, sería en un bar de Santa Fe. En el mismo lugar donde Jazmín había cerrado los tratos más grandes de su carrera.

Mató el tiempo leyendo sus notificaciones. Leyó un par de noticias.

Guardó algunas fotos que Francisco publicó del treceavo cumpleaños de Erika, y que Jaz no había visto todavía. Sintió celos cuando vio que Romina y las chicas habían ido

Cuando el auto se detuvo en el estacionamiento, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. Jazmín salió y caminó con elegancia, robando miradas y saludando a los seguidores que encontró en el camino. Comenzó a forzar su sonrisa cuando se topó con la sexta persona, quien además quiso darle un abrazo.

Al entrar al bar, encontró a Ortega al fondo. Ortega sonrió y habló con su honestidad aplastante.

—Te ves horrible... Te podías dar una manita de gato, ¿no?

Ella ocupó su silla. Su tequila favorito la esperaba en la mesa.

—No debo verme tan mal, si empezaron a pedirme fotos desde que estaba esperando el primer vuelo.

—Ya te lo dije mil veces, Jaz. Si quieres un avión privado, tienes que talonearle más.

—No quiero un avión privado. Quiero ir a mi casa, meterme en la tina, y no salir hasta parecer una pasa.

Ortega soltó una risa falsa y le dio un trago a su bebida. Jaz contuvo un bostezo, sintiéndose aplastada por el cansancio.

—Supongo que sí te lo mereces...

—¿Pero...?

—Siempre y cuando, no te descuides. Ya renové tu membresía en el gym y tenemos que hacerte una cita con tu estilista.

—¿Estilista? ¿Tan mal me veo?

—Tuve que hacerlo, cariño. Necesitas algo nuevo.

—Me gusta el castaño.

—Pero ya no es una opción. Vi muchas ideas en Internet. Podrías aclarar tus cejas, para empezar...

—Me gustan mis cejas.

—Quiero que todo México sepa que Jaz Montemayor sigue fresca, y que es mucho mejor que cualquiera de las chicas nuevas de la agencia. No tienes idea de todo lo que me toca ver, pero la mayoría de las que van llegando últimamente están tan gordas... Y son novatas, inexpertas... Se les sube la fama después del primer pago, pero no saben ni pío del modelaje...

—Yo también era así cuando llegué a la agencia.

—Y ahora no sólo eres parte de ella. Eres nuestro rostro. Nuestra vocera. Has participado en tantos proyectos, de todos los ámbitos posibles, que las mejores actrices de la generación que está surgiendo ahora te envidiarán hasta que les empiecen a salir arrugas. Tienes que seguir siendo tan perfecta como siempre.

—La campaña en Europa funcionó muy bien.

—Sí, la campaña funcionó... Si te soy sincero, cariño, no creí que pudiera ser rentable. Me dejaste sin palabras. En Internet, eres una diosa más grande de lo que ya eras antes de irte. Ahora te idolatran de forma diferente. Te has convertido en su inspiración. Ya te quieren como vocera de campañas body-possitive en México.

—Al menos, es el primer paso para combatir la presión en las novatas de la industria. Será bueno que nos reconozcan por luchar contra los desórdenes alimenticios.

—Sí, bueno... Ojalá las novatas gordas no se lo tomaran tan en serio... Creen que pueden seguir tus pasos, pero lo que deberían hacer es dejar

de tragar...

—No tienes que hablar así de ellas. Hay muchas agencias que no nos llegan ni a los talones, y que las orillan a volverse bulímicas y anoréxicas. Que abusan de ellas y...

—Hay otras cosas que podrían hacer para entrar en esta industria. Correr unos diez kilómetros, para empezar...

—Claro... Olvidaba que tú apoyaste mi idea de hacer una campaña body-positive, porque te diste cuenta de que eso deja mucho dinero... Todos saben que las agencias de modelaje son lideradas por personas superficiales y huecas. Por eso tenemos tan mala fama con los grupos activistas de Internet.

—Ya puedes dejar de actuar, cariño. No hay cámaras cerca. Tú y yo sabemos que tampoco crees en esas jaladas.

—Sí, claro... Te propuse que hiciéramos una campaña en contra de los desórdenes alimenticios porque eso me haría ganar dinero. Definitivamente no tenía nada que ver con el hecho de que una compañera de la universidad murió, precisamente porque alguien como tú le dijo que no tendría futuro en el modelaje si no era talla cero...

—Se llama selección natural. Y ahora, pon atención. Sé que quieres descansar, pero tenemos que volver al trabajo. Tengo ocho contratos para ti. Quiero que vayas a mi oficina en estos días para discutirlos, ¿okay?

—Dijiste que tendría vacaciones.

—Las vacaciones no nos dan dinero, cariño.

Ortega siguió hablando, mientras Jaz sólo daba el primer sorbo a su tequila. Quiso distraerse mirando su teléfono, sabiendo que no podría escapar de Ortega hasta que él quisiera despedirse y enviarla a probar una nueva mascarilla.

Entró a ver las nuevas tendencias, y una foto en específico llamó su atención. Superaba los seis millones de likes. Una mujer de ojos marrones, cabello teñido de rojo, que posaba junto con sus maletas en un plano artístico. En el pie de foto, una frase sencilla.

¡Hola, México!, decía.

En un punto distinto de la Ciudad de México, la mujer del cabello teñido vio la publicación de Jaz.

A un volumen bajo, la tonada de *Ahora es aquí* de Playa Limbo amenizaba el bar.

Capítulo 3

CAPÍTULO 1

Olivia, 16 años.

Magdalena de las Salinas, Ciudad de México.

Octubre, 2009.

Al igual que cada mañana, pensó que toda la cuadra habría escuchado los gritos de su abuela intentando despertar a Edgar y Luis. Le parecía injusto tener que despertar tres horas antes, sólo porque la secundaria de sus hermanos quedaba de camino a la estación Autobuses del Norte.

—¡Apúrate, niña, que se hace tarde!

Su abuela entró a la cocina cual bólido. El huevo en la sartén se cocinaba lentamente.

—No puedo apurar al huevo —dijo Olivia.

—¡Tu padre ya se tiene que ir! ¡Ándale, calienta las tortillas!

Olivia suspiró, resignada. Se enfrentaba a su peor enemigo. Nunca había logrado calentar una tortilla. Cuando las orillas quemadas aparecieron ante sus ojos, un empujón la sacó del camino.

La tortilla fue rechazada.

—¡Ni eso puedes hacer! ¡Ya sabes que a tu padre no le gustan las tortillas quemadas! ¡Ándale, sírveles a tus hermanos!

—Ellos pueden servirse solos. Cuando yo tenía nueve, ya me estabas enseñando a cocinar.

—Sí, porque tú eres mujer.

—Eso es machista.

—¡Ay, ya cállate! No sé qué vas a hacer cuando te cases, si todavía no sabes ni servirle el café a tu padre...

—Pedirle a mi esposo que me haga de desayunar...

Esbozó una sonrisa traviesa cuando escuchó a su abuela farfullar.

Llevó los platos a la mesa. Sus hermanos peleaban por el último beso de nuez. Su padre estaba terminando de atar su corbata. La abuela llevó el café de hoy y las tortillas a la mesa. Olivia esbozó una mueca de asco cuando Luis, de trece años, empezó a reír con el bocado aún en la boca. Tuvo que borrar su expresión tan rápido como pudo cuando escuchó la voz de su padre.

—Te voy a dar dinero para que pases al súper cuando salgas de la escuela. También sacas mis trajes de la tintorería.

Olivia asintió en silencio.

—Esta niña ya debería aprender a planchar —decía la abuela.

—Sé planchar —se defendió Olivia—. El problema fue que me dijeron que lo hiciera cuando tenía que estudiar para Biología, y por eso quemé las fundas de las almohadas.

—Primero es la casa, niña —espetó la abuela.

—Yo no estudié para Biología —confesó Edgar, de doce años.

Hubo risas que Olivia no entendió.

La misma historia de todos los días.

Al terminar el desayuno, Olivia y sus hermanos recibieron la bendición de la abuela. Tras tomar el dinero de su padre, los tres salieron de esa pequeña casa azul en la colonia Magdalena de los Salinas.

Olivia no pudo controlar a sus hermanos cuando echaron a correr. Los llevó a la secundaria, como era su rutina, y se aseguró de que Luis no escaparía antes de que cerraran las puertas. No hubo despedidas. Nadie deseó que los otros tuvieran un buen día. A decir verdad, los hermanos Navarro agradecían con el alma entera cuando llegaba la calma luego de tomar caminos separados.

Olivia se encaminó hacia la estación del metro, con los audífonos puestos y Shabadabada de OV7 a todo volumen. En el andén, aunque estaba en la sección exclusiva para mujeres y niños, miró en todas direcciones con temor a que hubiera coincidido con su padre. La paranoia

le llevó a tomar el primer tren que llegó.

En el asiento que consiguió, viendo el andén alejarse, pudo tomar su libreta desgastada. Buscó la página en la que se había quedado. Hizo girar el bolígrafo en sus dedos y empezó a escribir tan ávidamente, que terminó dando una vuelta extra a la línea antes de darse cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

Llegó al Instituto Medio Superior Leona Vicario cuando faltaban veinte minutos para las nueve.

No se despegó de su libreta al pasar por los torniquetes de la entrada. Tampoco dejó de escribir cuando la manada de primer año pasó en tropel a su alrededor, en camino a los laboratorios de Física. Hizo el camino casi a ciegas, hasta la jardinera oculta detrás de los salones de audiovisuales. Se sentó en la posición de loto y siguió adelante, pasando por alto a la pareja de tercer año que la fulminó con la mirada cuando su presencia perturbó su excitante aventura mañanera. Se fueron entre quejas, y sin que ella se percatara de lo que decían.

La ventaja de que su primera clase de los martes fuera a las diez de la mañana, era que tenía tiempo extra para estar a solas en su jardín secreto. Sólo en ese lugar era capaz de sentirse libre, hasta que fuera hora de volver a casa y encerrarse de nuevo en su burbuja. La misma historia de más de uno de los compañeros a quienes se empeñaba en mantener lejos.

No se percató del paso del tiempo, sino hasta que dos manos le quitaron los audífonos y cubrieron sus ojos desde atrás.

—Adivina quién soy...

—Javier, no juegues. Ya casi termino.

El muchacho sonrió y dejó que Olivia lo mirara. Llevaba su guitarra de segunda mano a cuestas, y un obsequio especial en la mano.

La mirada de Olivia se iluminó y su estómago rugió con más fuerza. Dos órdenes de sus quesadillas favoritas. Milanesa empanizada y queso fundido.

El primer mordisco fue glorioso para ambos.

—Te andaba buscando —se quejó Javier luego de sentarse frente a

ella.

—No quería distraerme... Anoche no pude escribir.

—¿Cómo va la novela?

—Ya está tomando forma... Si fueran vacaciones, avanzaría más.

—Pues no se nota la diferencia... Compraste esa libreta el viernes, y ya te la vas a acabar.

Olivia soltó una risa nerviosa.

—Es que... quiero terminarla antes de los exámenes.

—Y, ¿me la vas a enseñar? Nunca me dejas leer lo que escribes.

Como respuesta, ella abrazó su libreta discretamente.

—No... Me da vergüenza...

—Nunca sabrás si eres buena, si no dejas que alguien opine.

—Tendría que decírselo a mi papá, y no quiero.

—Entre decirle que quieres ser escritora, y decirle que somos novios desde hace un año, ¿qué puede ser peor?

Olivia no tuvo que pensarlo. Esbozó una pequeña sonrisa.

—Creo que mejor le digo que me gusta escribir...

Ambos rieron, sin que Javier lo tomara personal.

Terminaron su desayuno y abandonaron el jardín secreto.

Javier llevó la mochila de Olivia a través de las escaleras y los pasillos, hasta llegar a la clase de Ética que los separaría. Prometieron verse en la biblioteca cuando sus horas libres volvieran a cruzarse. Se despidieron con un beso. Javier echó a correr al darse cuenta de que le quedaban menos de tres minutos para cruzar la escuela y llegar a tiempo a su siguiente clase.

La mesa favorita de Olivia estaba libre. Al fondo de la clase, junto al ventanal que daba vista al árbol detrás del edificio administrativo.

Intentó encerrarse de nuevo en su burbuja, pero Lucía Gálvez fue

hacia ella. Una chica de aspecto angelical y reputación cuestionable.

—Olivia, ¿ya tienes tu cooperación para irnos de fin de semana a Acapulco?

Olivia cerró su libreta y miró a Lucía con fastidio, sintiéndose harta de tener que repetir la misma respuesta todos los días... desde tres semanas atrás.

—No.

—Pero nada más faltas tú.

—Sí, pero mi papá no me deja salir.

—Nunca vas a ningún lado. Si te caigo mal, ya dímelo.

—¡No es eso! Es que... Mi papá es muy estricto. Tengo que cuidar a mis hermanos y a mi abuela. Perdón.

—No te creo nada.

—Si no me crees, me da igual. No me van a dejar ir. Nada más estás perdiendo el tiempo...

Lucía arqueó ambas cejas.

—Oye, Olivia, cálmate... No es para tanto. Nos va a acompañar mi mamá. Si quieres, le digo que le hable a tu papá.

—No voy a ir. Punto final.

Olivia quiso cerrar la charla, intentando abrir de nuevo la libreta. Sin embargo, Lucía insistió. Se sentó en la mesa de Olivia y miró a la chica con fastidio.

—Olivia, no te la puedes pasar así siempre. No tienes amigos. Y si aprendieras a maquillarte...

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Desde que entramos a primero, nada más te he visto con tu novio. Si no, siempre andas sola. ¿Por qué no te juntas con nadie?

—Me gusta estar sola...

—A nadie le gusta eso. El viernes es el cumple de Romina, y todos

vamos a ir a su fiesta. Es en un antro. ¿Por qué no vienes?

—¿A un antro...? Mi papá me mata si intento decirle.

—Ay, no te pongas en ese plan... No seas mamona. Al rato te explico bien. Y no hay pero que valga.

Lucía le dedicó un guiño y se alejó para ir a su mesa cuando el profesor llegó a la clase.

Olivia suspiró cansinamente, y dejó a un lado su libreta al escuchar que el profesor revisaría las tareas. Lo único que le importó en ese momento fue saber que había un capítulo inconcluso que ya comenzaba a dar vueltas en su cabeza.

Y que su siguiente rato libre llegaría dos horas después.

Pasaban de las cinco de la tarde cuando Olivia bajó del taxi frente a su casa. Estaba hambrienta y exhausta, deseando lanzar al suelo todo lo que llevaba en brazos. El taxista no se ofreció a ayudarle con las cuatro bolsas del supermercado, ni con los seis trajes enfundados en plástico. Apenas la miró por el retrovisor cuando le dio el cambio de un billete de cincuenta.

Antes de entrar a la casa, Olivia esperó para respirar un poco de paz. Maldijo mentalmente no haber tenido espacio en el metro para escribir. Ir de pie no era el problema, sino tener a tres mujeres alrededor que no le dejaban tener los brazos arriba. Apagó su reproductor de MP3, haciéndose una nota mental. Si terminaba sus tareas a tiempo, podría escribir después de cenar.

Resignada, entró a la casa. El caos ya estaba presente en el patio, con una maceta rota y el suelo cubierto de tierra.

—¡Ya vine!

Su abuela fue la única que respondió.

—¡Qué bueno!

Pasó detrás de sus hermanos, que jugaban videojuegos en la sala. Dejó los trajes de su padre en un perchero y se dirigió a la cocina. Su abuela ya tenía las sartenes en el fuego. El ambiente se llenó con el exquisito aroma del pollo empanizado y los frijoles con chipotle.

Olivia supo hacer méritos para conseguir una porción extra de pollo. Comenzó a llenar la alacena con las compras, haciendo que su abuela

sonriera y hablara sin tener que lanzar reproches.

—¿Qué tal el calor? Hace rato que fui al mercado, llegué sudando...

—No está mal... Se me antojó un helado cuando pasé a la tintorería, pero mejor tomé un taxi. No sé por qué mi papá siempre deja que se junten todos sus trajes antes de llevarlos...

—Ya sabes que no tiene tiempo.

—La tintorería también abre los domingos... ¿Quieres que te ayude?

—Esto ya está. Ve sirviendo el refresco, y diles a los niños que ya vamos a comer.

La rutina de la tarde siempre era la misma. Comer con su abuela y sus hermanos, lavar los platos y dejar impecable la cocina, darse un baño y asegurarse de que todo estuviera en orden antes de que su padre llegara por la noche.

Tuvo que encargarse de la maceta rota, con tal de tener un momento a solas. Decidió salir de la línea de fuego, llevando la cena a su habitación bajo la excusa de que quería aprovechar al máximo el tiempo para estudiar después de terminar la tarea.

Dejó a un lado su farsa tras cerrar a cal y canto la puerta de su habitación. Cerró también las cortinas, encendió de nuevo su música, y se dejó caer en la cama junto con su libreta desgastada.

Su única compañía era la tonada de Si no es ahora de Timbiriche.

Esperó un segundo antes de entrar de lleno al capítulo inconcluso, pues su teléfono recibió un mensaje. Javier quería saber si podrían verse antes de la primera clase del miércoles. Olivia reprimió el impulso de pulsar la tecla para llamar. Quería escuchar la voz de su novio. Sin embargo, tenía el saldo del teléfono controlado, y no podía olvidar que lo más importante era proteger su secreto. En una casa pequeña, las paredes lo escuchaban todo.

Sacrificó unos centavos para enviar su respuesta. El horario que tenían los miércoles coincidía en dos horas libres por la mañana.

La puerta principal de la casa se abrió. Luis y Edgar recibieron a su padre entre gritos. Lo siguiente que Olivia escuchó fue la voz de su abuela.

—Hijo, ¿cómo te fue?

Su padre se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos.

—Normal... ¿Y la niña?

—En su cuarto.

—No puede venir a saludar, ¿o qué?

—Ya sabes cómo es... ¿Te sirvo de cenar?

La decepción llegó de golpe. Olivia permaneció tumbada en la cama, apartando la libreta y cerrando los ojos por un momento.

Ni para qué intentarlo, pensó.

Capítulo 4

CAPÍTULO 2

Olivia, 35 años.

Colonia Roma, Ciudad de México.

Septiembre, 2028.

—Cierra los ojos.

—¿Para qué?

—No preguntes. Ciérralos.

Las risas de Olivia molestaron a las dos personas que compartían con ellos el ascensor. Cerró los ojos y dejó que las manos de Javier la guiaran a través del pasillo. A pesar de que conocía el camino a la perfección, le pareció que era mucho más largo que de costumbre.

Tuvo la impresión de haberse detenido más lejos de donde debían. Escuchó que la puerta se abrió, y sintió las manos de Javier en su espalda. Percibió la alfombra nueva. Escuchó la puerta cerrándose detrás. Pudo sentir a Javier rodeándola, guiándose por el aroma de su colonia. Sus manos volvieron a tomarla con delicadeza. Escuchó que las persianas se abrían.

—Ya. Ábrelos.

Volvió a reír antes de hacerlo.

Su rostro se iluminó cuando el departamento remodelado le dio la bienvenida. Nuevo color celeste en las paredes. Amueblado reluciente que despedía el aroma de recién salido del empaque. Toda una pared dedicada a las portadas enmarcadas de sus catorce libros, así como los posters de las películas, cortometrajes y telenovelas para las que ella había escrito los guiones.

—Espero que te guste —dijo Javier—. Quería ponerlas en tu estudio, pero no me dio tiempo. Y, cuando nuestros amigos vengan el sábado,

quiero que tú seas la única estrella.

Olivia se sentía en las nubes.

—No tenías que hacer esto... Sólo me fui por unos meses.

—A Japón.

—Sí, como si fuera la primera vez... ¿A cuántos invitaste?

—Suficientes para darte la bienvenida que mereces.

—Amor, esto no es necesario. Sólo quiero dormir. Estuve trabajando en algo nuevo cuando estaba en el avión, y quiero...

—Tienes que relajarte.

—Una fiesta no es la mejor manera.

—Ya no puedo cancelar.

—Supongo que no me darás otra opción...

Javier permaneció en silencio, sólo mirándola y esbozando una sonrisa. Ella sabía que no estaba dispuesto a recibir negativas.

Pudo haber iniciado una pelea para defender su deseo de olvidarse del mundo. Pudo haber escupido lo que sentía.

Pudo hacer tantas cosas, y decidió simplemente asentir.

Dejó sus cosas en el sofá, pasó un mechón de cabello por detrás de su oreja y se cruzó de brazos. Javier esbozó una sonrisa triunfal.

—Tú ganas... Pero mañana quiero estar todo el día en pijama.

—Me parece bien.

Él se había salido con la suya. Y, aunque ella sonreía embelesada, sabía que no todo estaba cerrado. Todavía necesitaba espacio para desempacar. Para descansar. Para volver a su burbuja y seguir trabajando, pues eso era lo único capaz de devolverle las energías.

Javier se acercó a ella para acariciar su mejilla. Pasó los dedos entre su cabello teñido de rojo, consciente de que los roces en la nuca podían hacerla perder el control.

—Javier, ahora no...

Sus labios se fusionaron. Tres besos bastaron para que ella comenzara a relajarse, consciente de que también lo había extrañado de esa manera.

—Te tengo otra sorpresa en la recámara...

—No puedo... Me quiero bañar...

—Pues nos bañamos juntos...

—Javier...

Un par de besos y el roce en las zonas correctas, el cuello y los hombros de Olivia, hicieron que ella esbozara la sonrisa que él supo interpretar como una segunda misión cumplida. Los brazos de su prometida lo rodearon para acercarlo más hacia su cuerpo.

Los primeros botones comenzaron a abrirse, mientras los pasos de Javier conducían a Olivia de espaldas hacia la habitación. Sus instintos más salvajes se apoderaron de ellos, despertando de golpe la pasión que había tomado una larga siesta.

Al entrar a la recámara, ella ya besaba imperiosamente a su amado. Sus piernas se doblaron al sentir el borde de la cama, cayendo ambos sobre las sábanas sin que ella pudiera notar las persianas cerradas, las velas, o los pétalos de flores que adornaban cada rincón. Mucho menos pudo detectar la tonada sutil de *Everytime we touch* de Cascada, que Javier encendió mientras ella lo besaba con los ojos cerrados.

Sintió que sus hombros quedaban descubiertos para recibir el roce de los labios de Javier. Su sonrisa creció cuando él volvió para susurrar a su oído.

—Te extrañé mucho, Olivia...

Y ella tiró de su corbata para dejarlo recostado y colocarse a horcajadas sobre él.

Esbozó la clase de sonrisa que él esperaba, y se inclinó para besarle de vuelta, antes de susurrar su respuesta.

—Y yo a ti, mi amor...

Afuera de la habitación, el teléfono de Olivia timbró al recibir una notificación. Las redes sociales estallaron cuando despertó la polémica. Cuando la fabulosa Jaz Montemayor dejó un simple en la foto que Olivia

publicó en el aeropuerto.

Qué guapa te ves, decía.

Comenzaba a atardecer cuando una llamada inesperada hizo que Javier tuviera que soltar a su amada del abrazo que se prolongó durante casi una hora.

Olivia cubrió su torso desnudo con una sábana y se incorporó para reír mientras observaba a Javier. Él tardó unos segundos en recordar que su teléfono se había quedado en el bolsillo de sus pantalones. Hizo una señal con la mano para pedirle dos minutos a Olivia. Ella se recostó de nuevo, sintiéndose exhausta y con ganas de más. Vio a Javier pasear por la habitación, hablando sobre reuniones a las que definitivamente no quería ir. La resignación lo llevó a asentir un par de veces. Terminó la llamada antes de lo planeado, suspirando con pesadez y dándole nuevamente su atención a la hermosa mujer que seguía esperando en la cama.

—Mejor lo hubiera apagado... —se quejó, recostándose de nuevo—. El director quiere que vaya mañana, a primera hora.

—Así puedo dormir más, en lo que regresas.

—¿Te cansaste? Y eso que me estaba conteniendo...

—La verdad, creo que ya no rindes tanto como antes...

Ambos rieron a carcajadas, e iniciaron una guerra de almohadas.

En menos de tres minutos, ya estaban recostados nuevamente, besándose y sonriendo como un par de adolescentes locamente enamorados. El tiempo y la distancia eran nimiedades para ellos.

Al escuchar el rugir del estómago de Olivia, Javier volvió a reír.

—Bueno, por lo menos ya estás de buenas —dijo él, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco—. ¿Qué se te antoja?

—¿Eso significa que no me darás de comer si estoy de malas?

—Sí... Algo así...

Ella atacó con otro golpe de la almohada. Se incorporó, recibiendo el contraataque. Rieron una vez más.

—Si no fuera porque tú me inspiras a escribir sobre patanes —se quejó ella—, no te soportaría.

—Eso significa que merezco la mitad de lo que ganas.

—Si sigues diciendo cosas así, volveremos a estar en el ojo del huracán cuando otro fan quiera sacar las cosas de contexto. ¿Ya se te olvidó cuando hicieron tendencia, sólo porque un seguidor nos vio en el centro y tú estabas molestándome?

—Tus fans no están aquí. Ya te dije un chingo de veces que tienes que ignorar cuando te dicen cosas así. Siempre te cohíbes por eso, y te hace mal.

—Sabes lo que pienso de mi imagen pública. Es importante para mí mantenerla lo más limpia que se pueda.

—Y tú también sabes lo que yo pienso de todo eso. Tienes que olvidarte de lo que esas personas, que ni siquiera nos conocen, dicen de nosotros.

Olivia suspiró cansinamente.

—¿Podemos hablar de otra cosa, Javier?

Él la imitó. Levantó ambas manos, en señal de rendición.

—Está bien... No me dijiste qué se te antoja.

—No quiero cocinar.

El semblante serio de Olivia desapareció al recibir otro golpe de la almohada.

—Ya sé que no te gusta cocinar —sonrió él—. Voy por un pollo rostizado. Tú descansa, y ahorita regreso.

Se inclinó para besarla, haciendo que ella volviera a sentirse en las nubes. No se movió de la cama mientras él se vestía, dando tres vueltas en la habitación hasta que pudo encontrar su billetera.

Pasaron cinco minutos antes de que Javier saliera del departamento, y Olivia se decidiera a levantarse. Siguió cubriéndose con la sábana mientras caminaba hacia el armario.

Descubrió la siguiente gran sorpresa, sabiendo que la que Javier había mencionado ya había sido entregada, y pagada con creces. Un vestido rojo colgaba entre sus otras prendas de gala, enfundado en plástico y

luciendo aún la etiqueta. Intentó mirar el precio. Sólo se topó con que Javier lo había cubierto, dibujando una cara sonriente y escribiendo un mensaje. No tienes que saberlo.

Sonrió, sintiéndose afortunada.

Javier la conocía como a la palma de su mano, tanto que era capaz de anticiparse a sus acciones incluso estando en distintos continentes.

Dejó el vestido en el olvido.

Buscó entre sus cajones hasta encontrar la camiseta y los pantalones cortos con los que había terminado sus mejores best-sellers a altas horas de la madrugada.

Se peinó con una coleta desaliñada. Los mechones salvajes se revelaron al cabo de un par de segundos. Arrastró los pies hasta el sofá, se dejó caer y buscó el iPad para retomar su trabajo.

Su teléfono seguía recibiendo una notificación tras otra.

Olivia lo tomó para tomar una selfie en el sofá. Se dispuso a publicarla. El caos en las notificaciones le hizo darse cuenta de que había asuntos más importantes.

Miró hacia la puerta cerrada. Necesitaba un momento a solas para averiguar de dónde salían todos esos comentarios de odio. No tardó en encontrar la fuente. Se sorprendió tanto, que su mano cubrió su boca por un instante.

Más de cien mil respuestas al comentario hecho desde una cuenta verificada. Seguían llegando, una tras otra. Usuarios desconocidos aparecían para defenderse entre sí. Los seguidores de Olivia daban guerra sin cuartel.

Observó el comentario que inició la guerra. Entró a su perfil. Era auténtico. La última publicación pedía a sus seguidores que detuvieran la cacería de brujas. La imagen del perfil lucía el majestuoso cuerpo escultural de Jaz Montemayor en alguna playa italiana. Estaba en línea, respondiendo las quejas de sus seguidores que no estaban dispuestos a olvidar.

Su corazón se aceleró. Llevó una mano a su pecho. Comenzó a morder sus uñas. Terminó enrollando un mechón de cabello entre sus dedos para darle un fuerte tirón. Una y otra vez, deseando que fuera suficiente para encontrar la calma.

Las notificaciones no dejaban de llegar. Desactivó los comentarios. Hizo un pequeño comunicado, pidiendo a sus seguidores que no crearan más polémica innecesaria.

Una notificación le hizo perder el aliento. A Jaz le gustaba el comunicado. Olivia entró de nuevo al perfil. Jaz intentaba distraer la atención, anunciando que haría una transmisión en vivo para hablar de sus aventuras en Alemania. La última foto que publicó mostraba sus piernas extendidas en un diván.

Olivia entró y salió del perfil un par de veces, hasta que su pulgar pulsó la opción para enviar un mensaje. Sus manos temblaban. La guerra entre seguidores no se detenía, a pesar de todo. Al enviar el mensaje, supo que había cruzado el punto sin retorno.

Hola.

Respondió comentarios. Intentó distraerse viendo videos de cachorros. No pudo resistir más. Entró a la burbuja del chat.

Mensaje leído.

Tuvo la intención de apagar el teléfono. De lanzarlo tan lejos, que nunca tuviera que verlo de nuevo. Deseó que Javier llegara para que no tuviera más opción que olvidarse del tema.

El sonido de la notificación le hizo dar un salto.

Abrió el mensaje con temor.

¿Cómo estás?

La ola de recuerdos la aplastó. Escribió seis respuestas diferentes, hasta que encontró la única que parecía correcta.

Estoy bien... Ha pasado un tiempo.

Mensaje leído. El corazón de Olivia dio un vuelco. El mechón de cabello volvió a enroscarse entre sus dedos. Siguió tirando de él con fuerza. Jaz estaba escribiendo.

Supe que volviste a México... ¿Vamos a tomar un café?

Olivia mordió su labio. Cerró los ojos al enviar su respuesta.

Mañana estoy libre.

Apagó el teléfono. Se levantó y arrastró los pies hasta el balcón.

Observó la Ciudad de México en todo su esplendor. Colocó ambas manos sobre la baranda. Pensó, sólo por un segundo, que estaba cometiendo un error garrafal. Tuvo que convencerse de aceptar lo evidente. Quería verla. Al menos, una vez más. Incluso si sólo en ese momento había pensado que era posible.

Su corazón no dejaba de latir con fuerza. No tenía idea de que Jaz le sonreía a la pantalla del teléfono, con ilusión. Ella también volvía a sentirse como en los años dorados de la adolescencia.

Capítulo 5

CAPÍTULO 3

Jazmín, 16 años.

Mixcoac, Ciudad de México.

Octubre, 2009.

Aplicaba el rímel en sus pestañas, ignorando el desayuno que su madre había dejado en la mesa. Café negro y las sobras del guisado y del pan dulce de la noche anterior. Miró la hora en la pantalla del teléfono. Perdería la primera clase.

Sus pestañas no estaban listas. Ni qué decir del delineador. Otra capa de sombra negra les dio a sus ojos el toque final. Sabía enmarcar su mirada, mucho más de lo que podía considerarse una experta en matemáticas.

El libro de texto de biología yacía olvidado sobre la mesa. El tiempo seguía corriendo. Lanzó un beso al espejo cuando sus labios quedaron del tono oscuro que buscaba.

—¡Má! ¡Ya se me hizo tarde!

No hubo respuesta. La mujer cruzó del baño a su habitación, poniéndose las arracadas y mostrando que ni siquiera había terminado de vestirse.

Jaz se quejó en voz baja. Bebió un sorbo de café. Tomó un par de migajas de pan y las lanzó a la silla de su madre.

—¡Má! ¡Hoy es mi examen de biología!

No hubo respuesta. No verbal, al menos. Sólo escuchó a su madre quejarse en voz alta cuando su cosmetiquera cayó al suelo.

Jaz bufó. Retocó sus pestañas por última vez. Se aseguró de que no faltara nada en su mochila, por quinta vez consecutiva. Contó tres veces el dinero de su billetera, y el cambio que llevaba en los bolsillos. Envío mensajes a sus amigas, en busca de una coartada convincente para el profesor Pérez. No estaba dispuesta a perder su última falta disponible, si

no era por ausentarse deliberadamente.

—¡Má'! ¡Mínimo, págame la regularización de mate! ¡Me van a mandar al extra por tu culpa!

Vestida, maquillada, luciendo más hermosa que de costumbre y pareciendo que se había quitado diez años de encima, Elena salió de la habitación.

—Llevas una semana repitiendo la misma cantaleta. Si vas tan mal en mate, pon atención en lugar de andarte volando las clases.

—El profe no explica bien.

—Yo le decía ese pretexto a tu abuela.

—¿Qué clase de madre eres, si no te importa que no estoy en clases cuando debería?

—Pues te hubieras ido en el metro. Ándale, ya vámonos.

Jaz obedeció de mala gana.

Salieron del departamento y bajaron las escaleras. La ley del hielo se mantuvo mientras se montaron en el viejo Cavalier, hasta que Elena encendió el estéreo para que la música ochentera les hiciera compañía.

Treinta minutos después, el Cavalier se detuvo frente al Instituto Medio Superior Leona Vicario. Un par de chicos estaban afuera, desayunando tortas de tamal y riendo a carcajadas.

—Tus amigas no están.

Exasperada, Jaz cerró el libro de biología.

—No, má'. No están, porque la clase ya casi acaba.

—No me hables así.

—No lo haría si me pusieras atención.

—Hago lo que puedo, y tú lo sabes. No podríamos mantenernos si siguiera en trabajos de medio tiempo, nada más para que tengas la comida recién hecha cuando llegas de la escuela.

—Yo no quería venir a esta prepa. Te dije desde los quince que quiero ser modelo.

—Cuando cumplas dieciocho, puedes estudiar lo que se te dé la gana.

—Romina es modelo desde los catorce, y le va muy bien.

—Porque los papás de esa niña pueden pagarle a alguien que la acompañe. Yo no puedo estar al pendiente de ti todo el tiempo. ¿Trajiste lo que te di para que te vayas a Acapulco?

—Hace rato te dije que me van a mandar a extra de mate y que necesito la regularización, ¿y nada más te importa el viaje a Acapulco? Ni siquiera quiero ir...

—Lo del extraordinario se arregla entrando a clases y poniendo atención. Haz lo que quieras con ese dinero. Y hoy te toca cenar sola. Tengo mucho trabajo.

—Sí... De seguro vas a trabajar con Juan Carlos en un hotel...

Su madre le dio un par de golpes en la rodilla, cambiando a un tono firme y severo.

—Ándale, bájate antes de que me enoje contigo.

—Así estás siempre.

Jaz dio un portazo al salir del auto.

Avanzó casi sin rumbo, hasta que escuchó que el Cavalier se alejaba. Sólo entonces pudo sentirse libre. Soltó un gran suspiro. Buscó los audífonos en su mochila y encendió la música de su reproductor de MP3 a todo volumen. Baila mi corazón de Belanova la acompañó a través de los pasillos de la escuela.

Pasó por los torniquetes de la entrada, y se enfiló hacia el baño más cercano. Cerró la puerta. Dejó su mochila en el lavamanos y retocó su lápiz labial. Alborotó su cabello. Buscó entre sus libros y en los bolsillos más recónditos, hasta que encontró lo que buscaba. Una caja de cigarrillos, donde quedaba uno solo. El mismo que reservaba cada mañana, en caso de que una discusión con su madre arruinara su buen humor.

Se sentó en el lavamanos y buscó de nuevo en su mochila. No había nada. Ni siquiera un fósforo.

Soltó una maldición. Miró su cigarrillo, y suspiró con pesadez.

En el pasillo ya comenzaba a escucharse la tertulia del cambio de clase. La puerta se abrió, dejando entrar a un par de chicas de primero. Una de ellas se detuvo en seco al toparse con la mirada asesina de Jaz. Dio un paso hacia atrás. Jaz arqueó las cejas. La chica salió corriendo.

Un nuevo mensaje llegó a su teléfono. Sus amigas la esperaban afuera del laboratorio de biología.

Ignoró el mensaje. Observó su libro de texto. Pensó en todas las noches que había pasado en vela, estudiando incesantemente con tal de conseguir una buena calificación para compensar su desempeño deplorable en las evaluaciones anteriores. Al igual que durante toda la semana anterior, imaginó el momento cuando la profesora Vega entregara los exámenes ya calificados. Esperaba conseguir un ocho, como mínimo. Deseaba sentir la gloria de tener algo mayor que un siete, al igual que en sus años de secundaria.

Escuchó en su cabeza la voz de su madre, preocupándose por un viaje de fin de semana y dejando de lado lo que Jaz necesitaba para entender la clase de sus pesadillas.

Sabía que su madre seguiría siendo esa mujer despreocupada si se enteraba de que no había presentado el examen.

Decidió dejarlo en el olvido.

Dejó el libro en su mochila y buscó de nuevo en los bolsillos. No había rastro del encendedor.

El cigarrillo comenzó a llamarla.

Necesitaba paz. Quería relajarse antes de hacer una épica aparición ante sus amigas, siendo la misma chica fabulosa de siempre.

Si jugaba bien sus cartas, tal vez lograría que la profesora Vega le permitiera hacer el examen en la siguiente clase, con un punto menos sobre la calificación. No estaba dispuesta a perder así las noches de arduo esfuerzo. Pero la voz de su madre no se apagaba. ¿Qué más daba un examen reprobado? Tal vez, con dos números rojos en la boleta...

—¿Lo quieres?

Se sobresaltó al escuchar esa voz, y aún más cuando se percató de que alguien sostenía un encendedor ante sus ojos. Miró a la chica, que usaba una boina para aplacar su cabellera rebelde, y que no quería

desprenderse de su libreta desgastadas. Jaz sonrió.

—Sí... Gracias.

Aceptó el encendedor. Le pasó por alto que Olivia se apartó e hizo una mueca de asco al percibir el olor del cigarrillo. Intentó deshacerse del humo sacudiendo una mano.

—Te debo una —dijo Jaz.

Ante la segunda bocanada de humo, Olivia decidió emprender el escape.

Jaz no se dio cuenta de que se había quedado sola, sino hasta que el cigarrillo hizo su trabajo y se percató de que el encendedor ya no estaba.

Cuando dio el primer paso hacia el pasillo, se transformó en una persona totalmente diferente. Segura de sí misma, que daba cada paso como si el suelo que pisaba debiera sentirse indigno. Se contoneaba, saludaba a compañeros que no conocía, seguía soltando el humo con elegancia y se sentía realizada ante todas las miradas que robaba al pasar afuera de otras clases. Jaz Montemayor era la reina de la preparatoria.

Siguió su camino hacia los laboratorios. Se detuvo al llegar a la puerta cerrada tras la que se encontraba su clase, haciendo un examen de biología sobre el proceso celular.

Miró discretamente a través de la ventana. Miranda y Mayela estaban juntas en la misma mesa. Romina se había sentado sola. La profesora Vega paseaba entre las mesas, tomando antes de tiempo los exámenes de quienes atrapaba infraganti tratando de copiar a sus compañeros. Ni siquiera esa chica solitaria que se sentaba al fondo de la clase podía escapar de su vista de águila. Al instante, Jaz sintió que había cometido un gran error. Deseaba estar ahí dentro, rindiendo la prueba para la que se había preparado tanto. Un momento de rebeldía no valía la pena.

Se alejó de la puerta y fue a la baranda del balcón para mirar hacia los jardines. Soltó una bocanada de humo.

En su teléfono había un mensaje de su madre, preguntando cuál era el modelo del teléfono que Jaz había estado pidiéndole durante los últimos dos meses. Cuando empezó a escribir su respuesta, sintió que las emociones acumuladas comenzaban a desbordar.

No entré al examen, porque estoy cansada de que no me pongas atención...

Dio una calada más al cigarrillo. Borró el mensaje para intentar de nuevo.

Ya no lo quiero.

Mensaje enviado. Su madre no respondió.

Igual que siempre, pensó Jaz.

Un rato más pasó antes de que se abriera la puerta del laboratorio. Jaz lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie. Sus amigas salieron, hablando de la respuesta de la última pregunta. Sólo una parte del trío se percató de la presencia de su mejor amiga. La rubia sonrió, a pesar de que el enojo y la decepción brillaban en sus ojos verdes.

—Te ves tan bien ahí, sweetie... —dijo Romina—. ¿Por qué no entraste?

Jaz se encogió de hombros.

—Qué bueno que te la volaste —dijo Mayela, con su potente voz aguda—. Yo no le entendí nada.

—Será porque nunca entras... —se burló Miranda.

Romina sonrió. Jaz dio un chasquido con su lengua. Estaba segura de que habría aprobado el examen sin problemas. Romina fulminó con la mirada a la chica que tropezó con ella, pues no levantó la mirada de su libreta desgastada al salir del laboratorio.

—¿Qué clase toca? —dijo Miranda, tras tomar el cigarrillo que Mayela le ofreció.

—Lite —dijo Mayela—. Y no hice la tarea. Me dio hueva.

—¿Hiciste alguna tarea para hoy? —se quejó Jaz.

Mayela negó con la cabeza. Miranda contuvo su risa. Jaz se sintió incómoda, sabiendo que en su mochila llevaba el ensayo sobre José Luis Borges, así como las otras tareas para el resto del día. Su incomodidad fue demasiado evidente para quien la conocía mejor que nadie. Romina avanzó hacia Jaz y rodeó sus hombros con un brazo, iniciando la marcha sin rumbo a través del pasillo.

—Creo que alguien no está de buenas... —dijo Romina—. ¿Ahora qué te

hicieron?

Jaz suspiró.

—Mi madre y sus cosas... Le valió madres que le dije que necesito la regularización para que no me manden a extra de mate, otra vez. Dijo que nada más tengo que estudiar y echarle ganas, como si no se supiera otra.

—Y, ¿para qué gastas en la regularización? —Dijo Romina—. Pídele a alguien que te ayude, y ya.

—¿A quién?

—Hay un chavo buenísimo de tercero que da asesorías —se unió Miranda.

—Francisco, del grupo B —secundó Mayela.

—Yo puedo presentarte a Francisco —terció Romina—. Vamos a encontrar una forma de que pases mate. Confía en mí. Pero, ahora... No hay que entrar a lite.

—De hecho, yo...

—Sin peros, sweetie. Vámonos.

Guiñó un ojo, haciendo que la sonrisa de Jaz se dibujara de nuevo. Salieron triunfalmente de la preparatoria. El reporte de literatura, junto con el resto de las tareas, quedó en el olvido.

Pasaban de las seis de la tarde, cuando Jaz y Romina llegaron a Mixcoac. En la mesa aún estaban los platos del desayuno. Jaz tuvo que encargarse de la limpieza, a pesar de que no quería hacerlo, mientras Romina borraba su mueca de disgusto e iba al sofá para sentarse. La rubia envió un par de mensajes y sonrió de oreja a oreja. No se fijó en que Jaz hacía su mejor esfuerzo para que la mesa luciera un poco más presentable.

Resguardada en la cocina, Jaz miró su teléfono. Los únicos mensajes nuevos eran de su madre, recordándole que llegaría tarde y pidiéndole que cambiara las sábanas de ambas camas.

No había preguntado por el examen.

De nuevo, Jaz sintió la necesidad de fumar.

Supo controlarse, para salir al encuentro de su mejor amiga.

Romina bajó el teléfono y frunció el entrecejo.

—Quita esa cara, darling. Te vas a arrugar.

Jaz suspiró. Se dejó caer en el sofá.

—No estoy enojada... —respondió, de mala gana—. A mi madre le sigue valiendo madres el examen. Ni me preguntó cómo me fue.

—¿Para qué quieres que te pregunte? Ni siquiera lo hiciste.

—Todavía puedo pedirle a Vega que me deje hacerlo en la próxima clase...

—Si tanto te molesta, ¿por qué no entraste?

—No sé... No quiero hablar de eso, ¿sí?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Romina. Se inclinó un poco hacia adelante.

—Francisco también va a Acapulco, con sus amigos.

—No quiero conocer a Francisco.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? Francisco está buenísimo. Tienes que ir a Acapulco. Yo invito. Ándale.

Jaz negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Quiero pagar la regularización de mate... Te juro que no quiero reprobar otra vez. Me costó mucho pasar el extra del año pasado.

Romina suspiró. Sus quejas no se hicieron esperar.

—Jaz, no te he conocido a ningún novio, desde que nos conocimos. Tampoco sé quién te gusta. Ligarte a alguien te ayudaría a relajarte.

—Esto no tiene nada que ver con lo que dije...

—Y, ¿quién está hablando de eso? Yo hablo de Francisco.

Jaz puso los ojos en blanco.

—Sea lo que sea, no quiero saber. Hablo en serio, Romina.

La sonrisa traviesa de Romina creció.

—Okay... No vayas a Acapulco. El viernes, en mi fiesta, te presento a Francisco. Además, es un genio en mate. Le puedes pedir que te ayude, y matas a dos pájaros de un tiro.

—No quiero conocer a Francisco.

—Deja de discutir, ¿quieres? Sólo dile a tu madre que te quedarás a dormir conmigo el viernes.

—Supongo que no tengo opción...

—Nunca la tienes. Sabes que siempre sé lo que es mejor para ti.

—Por eso eres mi mejor amiga.

Ambas sonrieron. Se tomaron de las manos con fuerza. Romina se levantó para ir a la habitación de su amiga, en busca del maquillaje y los esmaltes para uñas. Jaz pidió una pizza, con la mezcla especial de ambas. Mitad, peperoni. Mitad, mexicana. Cuando Romina comenzó a buscar el color perfecto entre la selecta colección de esmaltes, Jaz decidió dejar de pensar.

Eran demasiado jóvenes como para pensar que todo podía tener consecuencias.

Capítulo 6

CAPÍTULO 4

Jazmín, 35 años.

Pedregal de San Ángel, Ciudad de México.

Septiembre, 2028.

Ya había anochecido cuando alguien llamó a su puerta. Se levantó de mala gana. Miró el último mensaje de Olivia, donde ponía la hora y el lugar donde se encontrarían luego de tanto tiempo. Una cafetería frente a la Plaza Río de Janeiro, al medio día.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—¿Qué pasó?

—Señora, ¿quiere que le sirva de cenar?

Era la voz de Rosa. Su empleada doméstica.

—Sí, Rosa. Ahorita bajo.

Se detuvo para acicalarse. Peinó su cabello, retocó su maquillaje, y se aseguró de lucir deslumbrante a pesar de haber pasado la tarde entera en el diván. Sus seguidores exigían la transmisión en directo que ella olvidó mientras chateaba con Olivia.

Salió de su habitación. La casa era enorme, y le pareció que era considerablemente pequeña. Llegó demasiado rápido a su destino.

—¡Mami!

Erika fue la primera en correr hacia ella. Envolvió a su madre en un fuerte abrazo. Jaz devolvió el gesto, e hizo otro tanto con Aarón.

—No me avisaron cuando llegaron de la escuela...

—Doña Rosita dijo que estabas dormida —dijo Erika—. ¿Ya te sientes

mejor, mami?

Jaz asintió.

—Siéntense, que se va a enfriar.

No era cálida con ellos. Nunca había sido buena para tratar a los niños pequeños. Si había una imagen para ilustrar la prueba de que el amor maternal no siempre aparece por arte de magia, era Jaz Montemayor. Con todo, sabía sentirse dichosa a su manera. Siempre le deleitaba ver que Erika, de trece, había heredado todo su encanto. Le hacía feliz saber que Aarón, de nueve, era una copia exacta de Francisco. Era consciente de que la alegría de sus hijos era suya también, y que los abrazos de Erika eran lo más cercano a la sanación espiritual. No era una mala madre. Sólo era especial.

Francisco fue el siguiente en levantarse. Caminó hacia su esposa y le dio un largo beso de reencuentro. Jaz llevaba el teléfono en la mano, que repentinamente le dio la sensación de estar quemando.

Jaz y Francisco caminaron de la mano hasta el comedor. Rosa ya había servido la cena. Su receta especial de quesadillas de champiñones. Café para los patrones, leche para los niños, y un plato de sandía picada.

Al comer el primer bocado, Jaz pudo estar segura de que el trabajo había terminado. Temporalmente. Efectos de la comida casera.

Rosa llevó un cargamento más de quesadillas, junto con una nota para Jaz. La deslizó con timidez sobre la mesa, a pesar de los catorce años que había trabajado para la familia Trujillo-Montemayor. Jaz tomó la nota. Contaba con una dirección y una hora. Un spa, al medio día.

Carajo, pensó Jaz.

—La señora Romina llamó —explicó Rosa—. Le dije que estaba dormida. Quiere verla mañana.

—Está bien... Gracias, Rosa. ¿Ya cenaste?

—Apenas me voy a servir, señora.

—Entonces, cena bien. Y luego, quiero que le hables a la nana de Aarón. Mañana, cuando salgan de la escuela, llévenlos a pasear.

—¿En serio, mami? —dijo Erika, ilusionada.

Jaz asintió en silencio. Sus ojos comenzaban a cerrarse. Rosa asintió también y salió del comedor, deteniéndose en el umbral para observar

embelesada las sonrisas de ilusión de los niños.

—No me avisaste que ya estabas en la casa —dijo Francisco, una vez que Rosa se perdió de vista.

—Sí... Fue un viaje largo. Cuando llegué, fui a ver a Ortega.

—¿Te vas a ir de viaje otra vez, mami? —dijo Erika.

—Todavía no. Quiero esperar al cumpleaños de tu hermano.

Aarón levantó la mirada. Su madre sonrió. Era un niño tímido y encantador.

—Pues ya ve poniéndote las pilas —dijo Francisco—. Hay que hacer una fiesta más grande que la del hijo de Leo.

—Creo que no vi las fotos... ¿Qué le hicieron?

—Se llevaron a los niños a la casa de La Paz.

—Ya pensaremos en algo... Puedo pedirle a Ortega que me ayude a conseguir un buen lugar.

Erika escuchaba a sus padres con atención. Sumergida en su inocencia, no lograba entender qué motivos tenían los adultos para tomar como armas a sus hijos, para competir entre ellos.

La cena no tardó en volverse callada e incómoda. Erika y Aarón sabían que, cuando su madre comenzaba a jugar con la comida, era el momento de guardar silencio. Lo sabían de la misma manera en que estaban acostumbrados a correr a sus habitaciones cuando su padre llegaba de mal humor.

Cuando Rosa terminó su cena, llevó a Erika y Aarón a lavar sus dientes, tomar un baño y ponerse el pijama para arroparlos.

Si Jaz no era adepta a las demostraciones de afecto, Francisco iba a los extremos.

No sabía ser cariñoso con sus hijos, ni parecía interesarle intentarlo. La familia Trujillo-Montemayor funcionaba en base a rutinas. Fue por eso que a Erika le sorprendió ver a su padre entrar a su habitación, para sentarse en el borde de la cama.

La niña bajó su teléfono, dejando un mensaje escrito a medias para su

mejor amiga.

—¿Cómo te fue en la escuela?

Erika pestañeó un par de veces.

—Bien... Creo... Normal...

—¿Extrañaste a tu madre?

La niña asintió, y empezó a perder la paciencia cuando las notificaciones mostraron que su mejor amiga comenzaba a impacientarse también.

—Mucho... Doña Rosita dijo que mi mamá nos va a llevar a la escuela mañana.

Francisco asintió.

—Ándale, ya duérmete.

Se levantó y apagó la lámpara de lava para dejar la habitación en absoluta oscuridad. Sin desear las buenas noches. Sin ninguna demostración de afecto. Francisco sólo se aseguró de que todas las luces estuvieran apagadas, y cerró la puerta detrás de él. Estando en el pasillo, suspiró y pasó una mano por su nuca. La paternidad, en definitiva, no era lo suyo.

Tras encender de nuevo la lámpara de lava, Erika negó con la cabeza y tomó el teléfono para ocultarse debajo de las sábanas y leer sus quince nuevos mensajes.

Francisco siguió su camino hacia la habitación principal. Respondió mecánicamente cuando Rosa le dio las buenas noches.

Su esposa estaba en el diván, con el pijama puesto. Un babydoll de color salmón que resaltaba sus curvas despampanantes. No se había desmaquillado todavía. Sólo enviaba mensajes a una persona furiosa que respondía antes de que Jaz terminara de pensar. Estaba cansada de discutir. Intentaba quedarse con la última palabra, pero Romina seguía insistiendo.

*No te veo desde hace mucho tiempo, ¿y me niegas un día en el spa?
¿Quién chingados te crees?*

Jaz puso los ojos en blanco. Su cabeza comenzaba a doler. Era el

efecto que Romina tenía en ella.

Ya hice planes. También llevaré a Erika y a Aarón a la escuela.

Francisco se quitó la corbata y comenzó a desabotonar su camisa. No le pasó por alto que Rosa ya había sacado sus trajes de la tintorería, y tampoco le pareció relevante.

Nadie te dijo que tuvieras otro hijo. Y Erika ya está grande. Mándala con el chofer.

Jaz negó con la cabeza.

Dije que no. No mames, Romina. Pareces una niña.

Francisco se sacó la camisa. Se quitó el reloj. Aprovechó para tomar la pequeña caja oculta en el cajón de sus corbatas.

Pues, como quieras. Cuando se te baje, me hablas.

Jaz se deshizo del móvil, no sin antes leer el último mensaje de Olivia. Contaba sólo con un emoji sonriente, después de haber dicho que estaba ansiosa.

Los nervios se apoderaron de Jaz, junto con las dudas. Se preguntó qué estaría haciendo ella. Dónde estaría. Cómo estaría. Con quién.

—Ya sabes que me caga que uses el teléfono, Jazmín.

Jaz apagó el aparato y lo lanzó al otro lado del diván.

—Ya. ¿Contento?

—No. Y bájale de huevos, que no te tengo paciencia.

Jaz se levantó del diván. Trenzó su cabello.

—Y tú, deja de hacerte la víctima, y de portarte como si fueras el mejor hombre del mundo. No pudiste ni siquiera ir a recogerme.

—Estaba ocupado.

—Lo sabías desde hace meses. Estuve tres años fuera, Francisco. Llego, le digo a Rosa que no me molesten, y lo único que sabes hacer cuando me ves, ¿es besarme y decirme lo del cumpleaños de Aarón? ¿Ni siquiera me vas a preguntar cómo me fue?

—Aarón también es tu hijo.

—¿En serio? Fíjate que ni lo había notado...

Jaz se tumbó en la cama.

—Jazmín, no te emputes. Sí estaba esperándote.

—Pues no parece...

—Y ahí sigues... Te compré algo.

Ella no dejó de lado su exasperación. El brillo que apareció en sus ojos no fue más que confusión al ver la caja que él dejó sobre la cama. Sin envoltorios. Sin una tarjeta.

—¿Qué es esto?

—Un regalo. ¿Estás ciega? Ábrelo, y ya.

Ambos tenían mal carácter. Tal vez por eso, pensaban que habían sido destinados a estar juntos.

Jaz abrió la caja, topándose con un hermoso collar de plata. Un dije con la forma de un corazón. Era hermoso, sin duda.

—Francisco... Esto es...

—Mi forma de darte la bienvenida.

La tomó por sorpresa. Se sentó frente a ella y le ayudó a ponerse el collar. Apartó el cabello de Jaz y acarició su rostro con delicadeza. Sintió los labios de Francisco sobre los suyos. Necesitaba ese beso, y no podía negarlo. Se dejó llevar. Rodeó el cuello de su esposo con los brazos, y no opuso resistencia cuando la mano de Francisco se posó sobre sus muslos.

—Te extrañé, Jazmín.

Ella se aferró al cabello de Francisco.

—Yo también.

Se tumbó en la cama, con su esposo a horcajadas sobre ella. Los labios de Francisco besaron cada rincón desde sus labios, pasando por su cuello y dirigiéndose hacia el punto sin retorno.

Puesto que el teléfono estaba apagado, no pudo darse cuenta de que

Olivia había enviado un nuevo mensaje.

¿Estás segura de que esto es buena idea?, decía.